

EL ELEGIDO

ANDREW GROSS

EL ELEGIDO

Traducción de Alejandro Romero

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en estela novela son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Diseño de portada: Genoveva Saavedra

Imágenes de portada: © Shutterstock / Ysbrand Cosijn (hombre); Roman Fox (Campo de concentración); Militarist (medalla nazi) y Zodiact (fondo).

Fotografía del autor: © Lynn Gross

Título original: *The One Man*

© 2016, Andrew Gross

Traducción: Alejandro Romero

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2019

ISBN: 978-607-07-5364-0

Primera edición impresa en México: enero de 2019

ISBN: 978-607-07-5360-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*A mi suegro, Nate Zorman, por las historias
contadas y aquellas que aún no se han contado.*

Varios informes recientes dados a conocer tanto en periódicos como a través del servicio secreto dan indicios de que los alemanes podrían tener en su poder una nueva y poderosa arma, la cual se espera que estará lista entre noviembre y enero (1944). Al parecer, existen altas probabilidades de que esta nueva arma se trate del programa Tube Alloy (investigación clandestina para desarrollar armas nucleares, es decir, uranio). No hace falta describir las consecuencias que podrían suscitarse si esto resulta ser cierto.

Es posible que los alemanes tengan, para finales de este año, suficiente material para producir una gran cantidad de artefactos, los cuales verían la luz al mismo tiempo en Inglaterra, Rusia y este país. En este caso, la esperanza de neutralizarlos sería casi nula... Esto podría dejar particularmente a Gran Bretaña en una posición en extremo precaria, pero existiría la esperanza de que nuestro lado pudiese contraatacar antes de perder la guerra, siempre y cuando el ritmo al cual opera nuestro propio programa Tube Alloy se acelere drásticamente durante las siguientes semanas.

Edward Teller y Hans Bethe,
físicos participantes en el Proyecto Manhattan,
a Robert Oppenheimer
21 de agosto de 1943

PRÓLOGO

La habitación privada se encuentra en el cuarto piso del ala geriátrica del Hospital Edward Hines Jr. para Veteranos en las afueras de Chicago. Hombres viejos y encorvados se desplazan por los pasillos con sus batas de hospital, con enfermeras escoltándolos y catéteres en los brazos.

Entra la mujer, de unos cincuenta y tantos años pero aún con una apariencia juvenil, bien vestida, con una chaqueta acolchada y corta de Burberry, una bufanda color verde olivo y su oscuro cabello atado en una cola de caballo. Ve a su padre sentado en una silla; nunca le había parecido tan pequeño, tan frágil, ni siquiera en los dos meses posteriores al funeral. Por primera vez alcanza a distinguir las huesudas y prominentes líneas de sus mejillas, aunque mantiene una cabellera notablemente abundante, canosa pero no del todo blanca. Una manta cubre su regazo y la televisión está encendida: CNN. Si había algo que nunca fallaba, incluso a la mitad de un juego de los Osos de Chicago durante el Día de Acción de Gracias y con todos los nietos a su alrededor, era su papá pidiendo que pusieran las noticias. «¡Sólo para enterarme de lo que está pasando! ¿Qué tiene de malo?» Sin embargo, esta vez no ve nada más que el vacío, con la mirada en blanco.

Ella se percata de que le tiembla la mano.

—¿Papá?

La enfermera del turno diurno que está sentada frente a él deja su libro y se levanta.

—¡Mire quién está aquí!

Él apenas aparta la mirada del televisor; ya no escucha tan bien del lado derecho. Su hija entra y le sonríe a la enfermera, una robusta mujer negra de Santa Lucía, a quien contrataron para estar prácticamente todo el tiempo con él. Cuando su padre por fin la ve, su rostro se ilumina y esboza una sonrisa.

—Hola, mi cielo.

—Te dije que vendría, papá. —Ella se agacha para darle un abrazo y un beso en la mejilla.

—Te he estado esperando —le dice él.

—¿Ah, sí?

—Claro. ¿Qué otra cosa podría hacer aquí?

La mirada de la mujer se dirige a la repisa que se encuentra junto a su cama, más específicamente a las cosas que trajo consigo y colocó ahí después de su última visita, un mes atrás: la placa de «Hombre del Año» del Colegio de Abogados del Norte de Illinois que estaba en la pared de su oficina; la foto de sus padres en la Gran Muralla China; una foto del yate *Hatteras*, de once metros, que tenía en Jupiter, Florida, el cual ya habían puesto a la venta; fotos de sus nietos, entre los que se encontraban los hijos de ella, Luke y Jared.

Recuerdos de una vida plena y feliz.

—Greg dijo que vendría un poco más tarde. —Su esposo—. Tenía algunos negocios que atender. —Por negocios se refería a algunos asuntos que tenía que resolver con relación a la vieja casa en Highland Park y a algunas cuestiones relativas a la herencia de su madre.

Su padre alza la mirada.

—¿Negocios? ¿Aquí?

—Algunas cosas sin mayor importancia, papá... No te preocupes, nosotros nos encargaremos.

Su padre asiente dócilmente.

—Está bien.

Hace un año, se habría puesto sus lentes y habría insistido en revisar cada documento y factura él mismo.

Ella acaricia con afecto su cabellera, muy abundante aún.

—Así que... noventa y dos, ¿eh? Sigues luciendo bastante guapo, papá.

—No tan mal para un viejo. —Se encoge de hombros con una sonrisa huesuda—. Pero tampoco estoy para correr maratones.

—Bueno, tal vez el próximo año, ¿no? —le dice mientras aprieta su brazo—. ¿Y cómo está en verdad? —le pregunta a la enfermera—. Espero que se esté comportando.

—Oh, siempre se comporta —responde ella. Se ríe—. Pero, de hecho, no ha hablado mucho estos últimos días, desde que falleció su esposa. Duerme mucho. A veces damos un paseo por el hospital. Tiene algunos amigos a los que le gusta ir a visitar. La mayor parte del tiempo permanece sentado, justo como está ahora, y ve la tele. Le gustan las noticias, desde luego. Y el beisbol...

—A decir verdad, nunca ha sido un hombre de muchas palabras —admite su hija—. A no ser que se trate de negocios. O sus preciados Cachorros. Los adora. Sobre todo, considerando que ni siquiera sabía lo que era el beisbol cuando vino a este país. Ciento siete años y contando, ¿verdad, papá?

—Pero no me rindo —responde con una sonrisa.

—No, aposteo a que no. Oye, ¿quieres dar una vuelta conmigo? —Se agacha junto a él y toma su mano temblorosa—. Te contaré sobre Luke. Acaba de ser aceptado en Northwestern. Tu alma máter, papá. Es un chico inteligente. Y está en el equipo de lucha. Igual que tú...

Una mirada de preocupación aparece en el rostro de su padre.

—Dile que tenga cuidado con esos granjeros de la Universidad de Michigan. Son muy grandes. Y hacen trampa... Sabes que son...

Por el sonido que hace, parece como si quisiese agregar algo. Algo importante. Pero sólo asiente, se reclina en su silla y se queda contemplando el vacío. Sus ojos se oscurecen.

Ella acaricia su mejilla.

—¿En qué piensas todo el tiempo, papá? No sabes cómo desearía que me dejaras entrar en tu mente, aunque sea por una vez.

—Es probable que no piense en mucho, no desde... —dice la enfermera, evitando mencionar a su esposa—. No estoy muy segura de que esté del todo consciente de lo que sucede a su alrededor.

—Claro que estoy consciente —responde él de golpe—. Perfectamente consciente. —Voltea a ver a su hija—. Es sólo que... olvido algunas cosas de vez en cuando. ¿Dónde está tu madre? —Mira a su alrededor, como si esperase verla en su silla—. ¿Por qué no está aquí?

—Mamá ya no está con nosotros, papá —dice su hija—. Murió. ¿Recuerdas?

—Ah, sí, murió —asiente y sigue mirando al vacío—. A veces me confundo.

—Siempre había sido un hombre muy enérgico —le dice su hija a la enfermera—. Aunque también es verdad que siempre tuvo una especie de tristeza que nunca llegamos a comprender del todo. Siempre creímos que se debía al hecho de haber perdido a toda su familia en Polonia durante la guerra. Nunca supo qué fue de ellos. Alguna vez intentamos rastrearlos, sólo para descubrir lo que en verdad les había ocurrido. Existen registros, pero él nunca quiso saber lo que contenían, ¿verdad, papá?

Su padre se limita a asentir, su mano izquierda sigue temblando.

—Mira, tengo algo que mostrarte. —Saca una bolsa de plástico de su bolso que contiene algunas cosas que le gustan: la revista *The Economist*, unas cuantas fotos nuevas de sus nietos, una barra de chocolate Ghirardelli—. Encontramos algo... mientras limpiábamos la casa. Estábamos revisando algunas de las cosas viejas que mamá tenía guardadas en el ático. —Saca una caja de cigarros de la bolsa—. Mira lo que encontramos...

Abre la caja. Hay algunas fotografías viejas. Una de su padre y su madre durante la Segunda Guerra Mundial, recibiendo una medalla de dos militares de alto rango. Un pasaporte viejo y papeles de la milicia. Una foto en blanco y negro, pequeña y arrugada, de una mujer rubia y hermosa en un bote de remos, con el borde delantero de su gorra blanca levantado. La primera página de un

concierto de Mozart partida a la mitad y pegada con cinta adhesiva. Una lustrosa pieza de ajedrez blanca. Una torre.

Por un segundo, los ojos de su padre parecen iluminarse levemente.

—Y esto... —Le muestra una bolsa de terciopelo y saca algo de ella.

Es una medalla. Una cruz de bronce con un águila que cuelga de un listón azul y rojo. La bolsa tiene algo de polvo; se nota que lleva mucho tiempo guardada en la caja. Ella pone la medalla sobre la palma de su mano.

—No es una medalla cualquiera, papá. Es la Cruz por Servicio Distinguido.

El anciano contempla la medalla por un segundo antes de apartar la mirada. Claramente, no está feliz de verla.

—Sólo la otorgan por actos de extrema valentía. Los chicos investigaron al respecto. Jamás solías tocar el tema de tus experiencias durante la guerra, cuando vivías en Polonia. Sólo sabemos que estuviste en...

Se detuvo. Siempre que el tema se desviaba a los horrores vividos en «los campos», su padre se apartaba o salía de la habitación. Por varios años se negó incluso a usar manga corta, y nunca le mostraba a nadie su número.

—Mira... —le dice mientras le entrega una foto de él con un grupo de oficiales militares—. Ni siquiera habíamos visto esta foto antes. ¿Cómo es posible? Fuiste un héroe.

—No fui un héroe. —Sacude la cabeza—. No lo entiendes.

—Entonces ayúdame a entender —le dice su hija—. Siempre hemos querido saber la verdad, por favor.

Abre la boca, como si se dispusiese a decir algo al fin, pero entonces sacude la cabeza y vuelve a contemplar el espacio.

—Si no hiciste algo importante, ¿por qué te dieron esa medalla? —le pregunta. Le muestra la fotografía de la hermosa mujer en el bote—. ¿Y quién es ella? ¿Acaso era parte de tu familia ahí, en Polonia?

—No, no era parte de mi familia...

Esta vez su padre toma la partitura y la observa con detenimiento. Hay un brillo distante en sus ojos. Una sonrisa tal vez, algo enterrado tiempo atrás que ha vuelto a la vida inesperadamente.

—Así son muchos —dice la enfermera—. No quieren recordar los viejos tiempos. Sólo guardan todos esos recuerdos por siempre, hasta que...

—Dolly... —murmura finalmente su padre.

—¿Dolly? —Su hija toca su brazo.

—Era la abreviatura de *Doleczki*. Quiere decir «hoyuelos». —Una sonrisa casi imperceptible se dibuja en su rostro—. Ella tocaba tan bello en ese entonces.

—¿Quién, papá? Por favor, dime quién es ella. Y cómo te ganaste esto. —Coloca la medalla en la palma de su mano—. Ya no hay motivo para que sigas ocultándolo.

Su padre deja escapar un suspiro, un suspiro que parecía haber estado conteniendo toda una vida. Finalmente, voltea a ver a su hija.

—¿En verdad quieres saber?

—Sí. —Se sienta junto a él—. Todos queremos saber, papá.

Él asiente.

—Entonces, tal vez ha llegado el momento. —Mira la fotografía de nuevo. Los recuerdos lo invaden como las arenas del desierto cubren una tumba con el paso del tiempo—. Sí, tengo una historia. Pero si en verdad quieres conocerla toda, debes saber que no empieza con ella. —Deja la fotografía sobre la mesa—. Comienza con dos hombres. En un bosque. En Polonia.

—Dos hombres... —repite su hija, tratando de alentarla a que siga hablando—. ¿Y qué hacían ellos?

—Corrían. —El anciano desvía la mirada, pero esta vez sus ojos están llenos de vida y recuerdos—. Corrían por sus vidas...

PRIMERA PARTE

Abril, 1944

El ladrido de los perros se escuchaba cada vez más cerca, ya debían estar a unos cuantos metros de distancia.

Los dos hombres se abrieron paso entre rasguños por el tupido bosque polaco de noche, aferrados a la orilla del río Vístula, a unos cuantos kilómetros de Eslovaquia. Sus cuerpos debilitados clamaban de agotamiento, no resistirían mucho más. Su ropa estaba andrajosa y sucia; se habían deshecho ya de los zuecos mal ajustados que calzaban, los cuales resultaban inútiles en el espeso bosque, y por su hedor parecían más un par de animales cazados que hombres.

Pero al fin la persecución había terminado.

—*Sie sind hier!* —Escucharon los gritos en alemán detrás de ellos—. ¡Por aquí!

Durante tres días y tres noches, se escondieron bajo las pilas de madera que se encontraban afuera del alambrado perimetral del campo. También ocultaron su aroma de los perros utilizando una mezcla de tabaco y queroseno. Al pasar junto a ellos, escuchaban el sonido de las botas de los guardias, a unos centímetros de ser descubiertos y arrastrados de vuelta hacia una muerte inimaginable para cualquier hombre, incluso en ese lugar.

Después, en la tercera noche, salieron a rastras de su escondite, cubiertos por la oscuridad. Viajaban sólo de noche y robaban los restos de comida que encontraban en las granjas en su camino: nabos, papas crudas y calabacines. Los devoraban como animales

famélicos. En todo caso, era mejor que la asquerosa basura con la que los habían mantenido vivos a lo largo de los últimos dos años. Como sus cuerpos se habían desacostumbrado a ingerir sólidos, vomitaron. Alfred se había torcido el tobillo ayer y ahora intentaba seguir adelante con una extremidad incapacitada.

Pero alguien los había visto. Unos cientos de metros atrás escucharon a los perros y los gritos en alemán que se incrementaban cada vez más.

—*Hier entlang!* ¡Por aquí!

—¡Vamos, Alfred! ¡Rápido! —exhortaba el más joven a su amigo—. Tenemos que seguir avanzando.

—No puedo. No puedo. —De pronto, el hombre que cojeaba se tropezó y cayó en un dique, sus pies sangraban en carne viva. Se quedó ahí sentado, al borde del agotamiento—. No puedo más. —Escucharon los gritos de nuevo, más cercanos esta vez—. ¿Qué caso tiene? Se acabó. —La resignación en su voz confirmaba lo que ambos ya sabían en el fondo de su corazón: esta era una causa perdida. Habían sido derrotados. Habían recorrido tanto, pero estaban a unos cuantos minutos de ser alcanzados por sus perseguidores.

—Alfred, tenemos que seguir avanzando —insistió su amigo. Corrió por la ladera y trató de levantar a su compañero fugitivo, quien, incluso en su débil estado, se sentía como un peso muerto.

—Rudolf, no puedo. No tiene caso. —El hombre herido sólo se quedó ahí sentado, totalmente rendido—. Tú sigue adelante. Toma... —Le entregó a su amigo la bolsa que venía cargando. La prueba que necesitaban para salir de ahí: listas de nombres, fechas y mapas. La prueba irrefutable de los crímenes atroces que el mundo tenía que conocer—. ¡Vete! Les diré que te perdí de vista hace horas. Así tendrás algo de tiempo.

—No. —Rudolf lo levantó—. ¿No juraste acaso que no morirías allá, en ese infierno? ¿Sólo para dejarte morir aquí...?

Podía verlo en la mirada de su amigo. Lo había visto ya en cientos de miradas en el campo, en los ojos de aquellos que se habían dado definitivamente por vencidos. Miles de ojos.

A veces morir es más sencillo que seguir peleando.

Alfred se quedó ahí, respirando con dificultad, casi sonriendo.

—Ahora vete.

Proveniente del bosque, a unos metros de distancia, escucharon un chasquido. El sonido de alguien amartillando un rifle.

Se quedaron congelados.

Se acabó, se percataron ambos a la vez. Los habían encontrado. El miedo hizo que el corazón les diera un vuelco.

Dos hombres salieron de la oscuridad. Ambos portaban atuendos de civiles y rifles; sus rostros tenían un aspecto áspero y estaban cubiertos de hollín. Claramente no se trataba de soldados. Tal vez eran granjeros del lugar. Quizá los mismos que los habían entregado.

—¿Resistencia? —preguntó Rudolf. El último rayo de esperanza que quedaba en su cuerpo destellaba en su mirada.

Por un instante, ninguno de los dos hombres habló. Uno de ellos se limitó a amartillar su arma. Después, el más grande de los dos, un hombre de barba que portaba una gorra de caza arrugada, asintió.

—¡Entonces ayúdenos, por favor! —imploró Rudolf en polaco—. Venimos del campo.

—¿El campo? —El hombre observó sus uniformes de rayas sin comprender.

—¡Miren! —Rudolf estiró el brazo y les mostró los números que tenía tatuados en la piel—. Auschwitz.

A juzgar por la intensidad del ladrido de los perros, estaban a punto de alcanzarlos. Sólo era cuestión de unos metros más. El hombre de gorra miró el lugar de donde provenía el sonido y asintió.

—Toma a tu amigo y sígueme.